

Eucaristía y comunión*

· RODOLFO E. DE ROUX G., S.I.**

RESUMEN

La situación de conflicto que está destruyendo el cuerpo social colombiano, cuestiona la autenticidad de nuestra apropiación real de la eucaristía, como sacramento de comunión eclesial en solidaridad ciudadana. Pan del camino, de la unidad por reconciliación, por autodonación de Cristo crucificado; la eucaristía autentica nos capacita para ser y obrar efectivamente en unidad social reconciliada. Pero como bendición de Dios en Cristo, no menos nos juzga y exige nuestra opción por la vida frente a la muerte. Superar posibles limitaciones de cierta piedad eucarística popular, será responder a un kairos de gracia que nos ofrece el Señor de la paz.

El trágico insuceso de esa misa dominical del 30 de mayo de 1999, en la iglesia parroquial de La María¹, sitúa en su perspectiva nacional concreta esta reflexión sobre eucaristía y comunión, en el presente de nuestra Iglesia colombiana. Por-

* Ponencia para el III Congreso Eucarístico Nacional, Cali, octubre 16 de 1999.

** Licenciado en Filosofía y Letras, Pontificia Universidad Javeriana. Doctor en Teología, Universidad Gregoriana (Roma).

1. El autor hace referencia a la incursión del Ejército de Liberación Nacional, ELN, durante la celebración de la misa. En ella fueron tomados alrededor de 150 rehenes, mujeres y hombres de toda edad, que en el trascurso de los meses siguientes y en forma paulatina fueron liberados. [Nota del editor].

PLANTEAMIENTO DE LA PREGUNTA

Partimos del hecho incontrovertible de que la celebración de la eucaristía ha tenido en nuestra historia eclesial un puesto eminente. No sólo por la frecuencia de su recurrencia, sino también en áreas todavía notoriamente amplias de nuestra población católica, por su irrigación continua en la cotidianidad de la vida, en la misa dominical o en las múltiples expresiones de religiosidad popular. Y aun supuesto el impacto de un creciente pluralismo religioso en nuestro medio, la eucaristía sigue disfrutando de un holgado protagonismo, incluso en la esfera de nuestra publicidad ciudadana.

No resulta menos notorio que ésta, nuestra Iglesia, tan asidua a la celebración de la eucaristía, en esta sociedad civil que la acepta como uno de los momentos constitutivos y expresivos de la convivencia ciudadana, viene sufriendo de tiempo atrás un resquebrajamiento recurrente de su unidad; en forma más notoria, como inestabilidad conflictiva del cuerpo social, próximo ya al paroxismo de una desarticulación más o menos total en el presente; pero, aunque menos advertido quizás, como distanciamiento latente y a la postre como desgajamiento manifiesto, en el seno de la misma comunidad eclesial, en la medida en que no pocos actores del conflicto ciudadano, de una y otra vertiente, se confiesan creyentes en Cristo y aun han practicado su eucaristía.

Ahora bien, la simple confrontación de estos dos hechos en el interior de una misma Iglesia particular, en una misma sociedad civil, nos urge el planteamiento responsable de graves preguntas: ¿Acaso la eucaristía, sin desconocer su sentido y valor en otras áreas de nuestra existencia cristiana y humana, poco puede aportar de sí misma al problema que nos ocupa? Pues de no ser así ¿cómo remediar la insuficiencia de su efectividad real y concreta en ese ámbito? Y en

2. Cfr., San Agustín, *Sobre el Evangelio de San Juan*, tratado 31,13: en PL 35, 1613.

definitiva, al mirar hacia adelante ¿cómo potenciar su incidencia eficaz en la sanación y promoción de esa comunión eclesial en solidaridad ciudadana?

LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO DE COMUNIÓN ECLESIAL Y DE SOLIDARIDAD CIUDADANA

En un momento de crisis de fe cristiana y de comportamiento comunitario en el ámbito de la cena del Señor, el apóstol Pablo se limitó a recordar a sus hermanos de Corinto lo bien sabido de todos sobre la eucaristía recibida de una tradición que arranca del señor Jesús «la noche en que iba a ser entregado».³ En una coyuntura semejante de nuestra Iglesia, permitanme de entrada decirles con Él: «Les hablo como a gente sensata, juzguen ustedes esto que les digo»⁴, en una síntesis apretada de lo que todos confesamos.⁵

31

Pan del camino

Sabemos y creemos que la eucaristía, en Cristo Jesús, es gracia del camino para quienes liberados de la servidumbre raizal del pecado, peregrinamos por el desierto de una historia humana contaminada hacia la humanización progresiva de hijos en fraternidad. Como tal es, pues, *pan de Éxodo*. Pero tampoco es pan de mera supervivencia mientras cruzamos el yermo amenazante de esta vida hacia un más allá de la historia; antes bien, en la perspectiva del profeta Isaías, es *pan renovador*, para empeñarnos aquí y ahora en abajar montes de dominación y rellenar abismos de odio, en irrigar arenas de muerte con aguas de vida⁶; para transformar en oasis de paz fraterna nuestras ciudades deshumanizadas, nuestros campos abandonados y empobrecidos, nuestras vías de comunicación cortadas por el fragor de la batalla, cuando no convertidas en ríos de sangre hermana y fuego destructor. Y así, es *pan de esperanza* que sostiene un compromiso eficaz de ir preparando esa aurora de humanidad que anhelamos, cuando nos ocupare-

3. Cfr., I Cor. 11, 23.

4. I Cor. 10, 15.

5. Leemos en situación colombiana el gran texto eucarístico de Pablo en I Corintios 10, 1-22 y 11, 17-34.

6. Cfr., Is. 40, 1-5; C. Vat.II. Const. *Gaudium et spes*, No. 38. Particularmente fecundo fue el magisterio pontificio de Pablo VI sobre la eucaristía como factor de unión social, vgr., «Alocución en el *Corpus Christi*» (1965) y «Radiomensaje al VII Congreso Eucarístico Nacional del Perú» (1965). De Juan Pablo II baste recordar la conclusión de su encíclica *Sollicitudo rei socialis*, No. 48 (1987).

mos en hacer de las espadas instrumentos de un progreso material, cultural y social, equitativamente compartido entre todos.⁷ Porque sabemos desde ya que sólo entonces asentará entre nosotros sus reales esa paz tan deseada como frágil y esquiva en nuestro presente.

Pan de unidad por reconciliación

Sabemos y creemos que nuestra eucaristía es vigor y promesa efectiva de comunión de cada uno con todos, por cuanto es mediación cualificada de comunión con Cristo mismo⁸, y en Él, encuentro de hermanos en el único Padre que todos confesamos; fluencia y activación del amor que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.⁹

32

Cristo-pan, paradigma de comunión y solidaridad

Si el acto simbolizante de *comer/beber* a Cristo eucaristizado es algo más que el remedo de una ilusión, y si es realmente eficaz su promesa de que «el que me come vivirá por mí»¹⁰, quien así lo hace, con honestidad y apertura responsables, ¿no tendrá una esperanza sólida de irse humanizando a lo divino, hasta poder decir con Pablo «ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí»?¹¹ No vive ya el triste yo de los celos y las cobardías, de los acaparamientos y las indiferencias, de los distanciamientos y los conflictos, sino vive *en mí* Cristo, paradigma supremo de la comunión y la solidaridad. El «que pasó haciendo el bien y curando»¹², el que «tomó sobre sí nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades»¹³, eficazmente compasivo de mancos y cojos, ciegos y alienados; el que nos precedió en la urgencia de no despedir sin pan a los hambrientos¹⁴; el que no condena sino perdona al pecador¹⁵ y comparte con él su mesa¹⁶, aun a riesgo de poner en tela

7. Cfr., Miqueas 4, 1-5.

8. Cfr., I Cor. 10, 16.

9. Cfr., Rom. 5,5.

10. Jn. 6.

11. Gál. 2, 20.

12. Cfr., Hechos 10, 38.

13. Mt. 8, 16-17.

14. «Dénles ustedes de comer», Mc. 6, 37; cfr., Sant. 2, 14-17.

15. Cfr., Jn. 8, 1-11; Luc. 7, 36-38. 47-48.

16. Mc. 2, 15-17.

de juicio la autenticidad de su pretensión mesiánica.¹⁷ Resultaría interminable perseguir las caminos de reconciliación y convivencia humanas recorridos por este Jesús, que en definitiva soñó y luchó, y dió su propia vida por «reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos»¹⁸; cuya súplica suprema, la noche de las despedidas, fue que «todos sean uno, como tú Padre y yo somos uno»¹⁹; el mismo que ahora resucitado y exaltado, Señor de nuestra historia actual y concreta, sigue trabajando los corazones hasta que todos seamos un solo rebaño bajo un solo pastor.²⁰

Memorial de la cruz reconciliadora

«Cada vez que comen este pan y beben esta copa, ustedes proclaman la muerte del Señor hasta que venga.» Así definió Pablo el sentido nuclear de la cena del Señor.²¹ Cristológica como es toda ella, la eucaristía afinca directamente su sentido en el Crucificado. Es *memoria* realizadora en nuestro presente de esa entrega del señor Jesús hasta la muerte, y muerte de cruz.²² Con conciencia lúcida de nuestra condición de pecadores nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros²³; nos arrancó de las tinieblas de la ignorancia y aun del rechazo de Dios, del odio asesino y de la indiferencia con el hermano; nos trasladó al Reino del Hijo amado, que es ámbito de paz, de solidaridad y de solicitud de unos por otros.

Pan-cuerpo de Cristo entregado y cáliz-sangre de Cristo derramada para derribar el muro del odio que nos separa, la eucaristía es entonces fuerza de Dios²⁴ reconciliándonos hoy consigo, desde nuestra lejanía recelosa y resistente; y por lo mismo reconciliándonos entre nosotros, por sobre las rupturas incluso abismales de nuestra fraternidad eclesial y social.²⁵ Porque es cáliz que nos sana de nuestra reversión recurrente y enclaustradora hacia nosotros mismos, en sus variables casi siempre concomitantes de egoísmo individual y de grupo, de

17. Mt. 11, 16-19.

18. Jn. 10,52.

19. Cfr., Jn. 17, 11 y 21.

20. Cfr., Jn. 10, 16.

21. I Cor. 11, 26.

22. Cfr., I Cor. 11, 24-25; cfr., Luc. 22, 19.

23. Cfr., Gál. 2,20; Cfr., I Jn. 3, 16 y 4, 8- 10.

24. Cfr., Rom. 1, 16.

25. Cfr., Efes. 2, 13-18.

estructuración perversa de la economía y la política. Porque es pan que nos une en un solo cuerpo eclesial, y por expansión connatural también ciudadano.

Y paradigma de nuestro obrar en Cristo

Memorial de la cruz, la eucaristía no sólo nos beneficia del amor compasivo y restaurador de Cristo. Al actualizar esa muerte de cruz en nosotros, nos revela e intima el único camino asumido por el amor sabio y poderoso del Padre para superar la fuerza destructora de nuestro pecado en el ámbito interpersonal y social. Ese remedio no está entonces en los cálculos de poder, ni en el acopio de fuerza, sino en la largueza y debilidad del amor que asume ser víctima antes que victimario y responder con bien al que le hace mal; que antepone el perdón y la reconciliación a la revancha y a la destrucción del oponente²⁶, aun del lesionador. ¿Somos siempre conscientes de que al hacer nuestro a este Cristo crucificado en cada eucaristía, estamos no menos que asumiendo su única manera de afrontar y superar la aberración del otro que nos victimiza?

Lo que no es posible para el hombre, es posible para Dios

Hemos esbozado apenas la sobreabundancia y pluralidad dimensional de este amor fraterno de Jesucristo, a quien llamamos Hijo como primogénito entre muchos hermanos, el que revelando en su rostro humano la auténtica filiación al Padre, indisolublemente nos reveló en ella la fraternidad verdadera. Ante este ideal tan bello como sobrehumano, y desde la propia experiencia de nuestros conflictos internos y externos, de nuestra fragilidad recurrente, bien puede uno preguntarse -con el mismo espanto de Pedro al constatar en el fracaso de aquel joven rico- sobre la distancia que separa nuestro propio corazón del corazón de Cristo: «Pero entonces ¿quién podrá salvarse?» ¿Será este Jesús-hermano sólo un modelo exterior a nosotros mismos, y por lo demás desesperadamente inalcanzable? Jesús mismo nos responde: «Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para Él todo es posible...» Y resulta gratamente coincidente con nuestro tema que en seguida el Señor esboza allí esa comunidad de hermanos con la cual los colombiamos todavía nos atrevemos a soñar.²⁷

26. Es este un tema dominante en la la. Pedro; baste señalar aquí 3,8-17 y 4,12-19.

27. Cfr., Mc. 10, 23-31.

Entonces ¿cómo se inserta en nuestra historia personal y comunitaria ese poder de Dios capaz de obrar lo que, siéndonos humanamente imposible, es con todo el único camino eficaz de nuestra sana y plena realización humana? Que si no hemos de ser salvos como marionetas, desde fuera de nosotros mismos, ¿cómo se articula en nuestro obrar humano un obrar de Dios que no nos sustituye, sino antes nos sana y capacita para ese mismo obrar nuestro? En un contexto muy cercano a nuestro cáliz eucarístico -por el simbolismo asumido de la vid verdadera, por su sentido eclesial y la centralidad del amor- el mismo señor Jesús nos contesta en este orden del obrar: «Yo soy la vid y ustedes son las ramas. El que permanece unido a mí, como yo unido a él, da mucho fruto; pues sin mí no pueden ustedes hacer nada.»²⁸ ¿Acaso el sarmiento inserto en la cepa y vivificado por su savia no es también agente y portador de los frutos de aquélla? Sólo que el fruto de las ramas, en esta vid Cristo crucificado, es un amor fraterno a la medida del suyo propio: que «se amen unos a otros como yo mismo los he amado».²⁹ Tal es en su sentir la única señal autenticante de nuestra amistad con Él en discipulatura³⁰; como es nuestra dicha auténtica vivir y obrar en el amor servidor que Él cualificó como suyo en esa cena fundante de nuestra eucaristía: «Estoy a la mesa como el que sirve»³¹, y «dichosos ustedes si hacen lo que yo he hecho»³²: sanar y reconciliar, unir y servir.

Como decía Pablo a los Gálatas, se nos ha otorgado en Cristo la libertad, no como un pretexto para la satisfacción inconsulta de cualquier apetencia desordenada, sino para poder servirnos por amor los unos a los otros.³³ Y esa libertad para el amor auténtico se nos anuncia y busca realizarse hoy en nosotros en cada eucaristía, cuando Él nos dice en la mediación de su pan y de su cáliz: «Esto soy yo, amor entregado. Come y bebe si quieres tener vida eterna.» Porque en definitiva, sabemos y creemos que la eucaristía en su núcleo vital es, por así decirlo, un compacto sacramentado de Cristo mismo, en trance -si cabe hablar así- de comunicarnos la posibilidad real de ser y obrar con Él y como Él.

28. Jn. 15,5.

29. Cfr., Jn. 13,34-35.

30. Cfr., Jn. 15, 8 y 12- 14.

31. Luc. 22, 27.

32. Jn. 13, 15-17.

33. Cfr., Gál. 5,13.

Quien recele de todo esto como una simple ilusión o una mera teoría, vuévase a Pablo, explorador clarividente del vigor existencial de nuestra eucaristía, y testimonio de la transformación personal que se realiza en la intimidad con Cristo. Por una parte, nunca se consideró a sí mismo un «extraterrestre» ajeno a la fragilidad de la común condición humana, como lo atestigua esa confianza suya tan drámatica a los hermanos de Roma: «Me doy cuenta de que, aun queriendo hacer el bien, solamente encuentro el mal a mi alcance. (...) es la ley del pecado, que está en mí y que me tiene preso. ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librára del poder de la muerte que está en mi cuerpo? Solamente Dios, a quien doy gracias por medio de nuestro señor Jesucristo.»³⁴ Y con todo, tuvo también la gozosa osadía (¿o la solicitud, por nuestro bien?) de decirnos, hoy y siempre, como otrora a sus Filipenses, «sean imitadores míos», no porque «sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús».³⁵

De allí brota en sus Cartas esa voz incansable en desplegar ante todos el vigor de comunión fraterna en solidaridad, que comporta el seguimiento hasta la identificación con Cristo; insistente en urgirla como praxis de la cotidianidad comunitaria: solicitud recurrente de unos por otros, sin reconocer más deuda con ninguno que la del amor mutuo; opción fundamental de no devolver mal por mal, sino bien y bendición al que nos hace mal y nos maldice³⁶; generosos en el compartir con el necesitado³⁷, y en definitiva decididos con Jesús crucificado a elegir siempre, si no con gozo, al menos con fortaleza suficiente, la posibilidad de ser víctimas antes que dejarnos arrastrar por cualquier género de agresividad o egoísmo a ser victimarios de los otros. Con certera resonancia eucarística en la medida en que evoca el amor crucificado de Cristo, sintetiza así la opción fundamental de una comunidad en Cristo: «Les ruego por la misericordia de Dios que se presenten ustedes mismos como ofrenda viva, santa y agradable a Dios. Tal es el culto espiritual que deben ofrecer. No se acomoden al mundo presente; antes cambie su manera de pensar para que así cambie su manera de vivir y lleguen a conocer la voluntad de Dios, es decir, lo que es bueno, lo que es grato, lo que es

34. Rom. 7, 21. 23b.24-25.

35. Filip. 3, 17 y 12.

36. Cfr., Rom. 12,1-21.

37. Cfr., II Cor. 9, 1-15.

perfecto.»³⁸ ¿Qué mundo sino el que se construye bajo el signo del pecado, en cuanto se autodefine por la arrogancia y el prurito de exaltación propia, personal o de grupo, en cuanto asienta la propia sobreabundancia sobre la vejación y desnudez de los demás?

Pues somos todos un solo pan

Nuestra eucaristía es una oferta real de Cristo para irnos transformando a su imagen en personas deseosas y capaces de construir comunión eclesial y solidaridad ciudadana. ¿Podemos todavía añadir que allí radica también su intención prevalente? Volvamos al texto paulino de I Corintios que viene dando trama a nuestra reflexión. Allí el misterio de la comunión eucarística, de cada uno con Cristo, resulta inseparable de una comunión eclesial entre todos: «¿El pan que partimos no es una comunión con el cuerpo de Cristo? Pues uno solo es el pan, todos somos un solo pan, un solo cuerpo, puesto que todos participamos de este único pan.»³⁹ ¿Qué se proclama aquí sino el misterio superior de una Iglesia que asume en cada eucaristía ser cuerpo de Cristo, y aun osaríamos decir eucaristía vivida en la cotidianidad? Pues si acompañamos a Pablo en su dolorosa sorpresa ante la fragmentación de la comunión eclesial, que corroía la cena de sus queridos corintios, todo apunta hacia una misteriosa identidad sacramental de Cristo, cuerpo y sangre compartidos, con su cuerpo, que es la Iglesia. ¿Cuál es entonces el cuerpo que urge discernir -vale decir reconocer y valorar- so pena de incurrir en responsabilidad culposa para con el cuerpo y la sangre sacramentados que allí se reciben?⁴⁰ De atenernos a la amonestación de Pablo, «eso ya no es comer la cena del Señor, porque cada uno come de su propia cena». ¿No es manifiesto que el atropello a Cristo eucaristizado se concretiza en la violación de su cuerpo eclesial? «¿O es que menosprecian ustedes la Iglesia de Dios y ponen en vergüenza a los que no tienen nada?» De ellos dirá más tarde que son miembros reconocidos y apreciados del cuerpo de Cristo.⁴¹

Esta inclusión nuestra en la Iglesia se inscribe también en el sentido fundante del cáliz: pues si «la copa de bendición que bendecimos es comunión con la

38. Rom. 12, 1-2.

39. I Cor. 10, 16b- 17.

40. I Cor. 11, 28-29.

41. I Cor. 11, 20-21a. 22b.

sangre de Cristo»⁴², también «esta copa es la nueva alianza en mi sangre»⁴³; una alianza⁴⁴ que nos integra a todos en la unidad de un solo pueblo ante Dios Padre: «Tú serás mi pueblo, yo seré tu Dios.» En la eucaristía se sella, pues, día a día, la eclesialidad esencial de nuestra discipulatura de Cristo. Una eclesialidad, sin embargo, amenazada de continuo en su unidad por el poder desintegrador del pecado, y necesitada siempre, por tanto, de esta eucaristía que nos integra en la muerte pacificadora del Señor.⁴⁵

Desde allí no resulta extraña esta afirmación de Agustín, recogida una y otra vez por la gran tradición milenaria de nuestra Iglesia: «Pues si vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros suyos, sobre la mesa del Señor está puesto vuestro propio misterio: recibís vuestro propio misterio (...) Sed pues lo que véis y recibid lo que sois.»⁴⁶ Sólo me pregunto en qué medida, al llevar nuestra participación eucarística hasta la recepción del cuerpo y sangre del Señor, somos conscientes de esta inseparable apropiación nuestra de su Iglesia, que allí asumimos como un don de Dios y un compromiso nuestro: no ya una Iglesia confinada al estatuto de un idea piadosa, sino dimensión constitutiva de nuestra propia realidad personal en Cristo, con y para los demás, ni tampoco en la vaguedad de lo indeterminado, sino ante todo ésta, *mi* Iglesia, en estos rostros concretos de mi cotidianidad doméstica, comunitaria y ciudadana.

Pongo ante tí la vida y la muerte; escoge la vida y vivirás

Al ritmo de este mismo partir el pan, con insistencia perseverante, con sencillez de corazón y esa alegría que irrumpe en la experiencia de que Dios está aquí en Cristo-eucaristía y nos salva, la Iglesia madre de Jerusalem perseveraba en su em-

42. I Cor. 10, 16.

43. I Cor. 11, 25b.

44. I Cor. 11, 25. Cfr., Mc. 14,24. En Cristo Jesús no se desmiente la formulación tradicional de la alianza, «Uds. son mi pueblo, yo soy su Dios», antes se lleva a su cumplimiento en esa unidad superior que llamamos cuerpo de Cristo. Así lo ha entendido el Concilio Vaticano II al aplicar conjuntamente ambas categorías a la realidad de la Iglesia. Cfr., Const. *Lumen gentium*, Nos. 7 y 9.

45. Efes. 2, 11-22 es la proclamación de esa muerte pacificadora de Cristo que hace de los de lejos y los de cerca -israelitas y gentiles- un solo pueblo santo, una sola familia de Dios (vs. 19). Cabe quizás interpretar en esta perspectiva esa curiosa anticipación de la copa respecto del pan en I Cor. 10, 16-17. Pues si aquélla es comunión con la sangre de Cristo, de ella dimana nuestro ser cuerpo eclesial en la comunión del cuerpo pan.

46. San Agustín, Sermón 272: PL 38, 1246.

peño por construirse día a día en el testimonio y visibilidad histórica de la presencia del Resucitado-exaltado⁴⁷, en agente delegatario de su proyecto de humanización en Dios: solícita del hermano en necesidad, generosa en el compartir, incansable en la búsqueda del consenso en el pensar y en el sentir; compactados todos en la unidad de un sólo pueblo por cuanto iban logrando ser un sólo corazón.⁴⁸ Y en ese mismo empeño las comunidades subsiguientes se adentraron en la vida ciudadana del imperio romano como semilla, no sólo de fe trascendente sino de convivencia y solidaridad social. ¿Es incidental apenas que a lo largo de estos milenios, cada renovación espiritual, comunitaria y apostólica en la Iglesia haya implicado una profundización de su eucaristía por cuanto en ella sus actores encontraron la sanación necesaria y la capacitación suficiente para su proyecto renovador?

Sanación y capacitación que son gracia de Dios, pero también y por lo mismo responsabilidad nuestra para una tarea irrecusable. Porque como todo obrar de Dios, la eucaristía, momento fuerte de la acción liberadora y salvífica de Cristo en su Iglesia celebrante, es intimación suya de una opción a cada uno y a todos juntos, como cuerpo eclesial y sociedad ciudadana. En la línea de aquella que planteó Yahvé al Israel deuteronomico: «Miren, hoy les doy a elegir entre la vida y el bien por un lado, y la muerte y el mal por el otro. Si obedecen lo que hoy les ordeno, y aman al Señor su Dios y cumplen sus mandamientos (..) vivirán (..) y el Señor su Dios los bendecirá en el país (..). Pero si no hacen todo esto, sino que se dejan arrastrar por otros dioses (..), les advierto que morirán sin falta (..). Escojan pues la vida, para que vivan ustedes y sus descendientes.»⁴⁹

No siempre se advierte que esta disyuntiva deuteronomica de vida o muerte es precisamente el hilo conductor de la reflexión paulina sobre la eucaristía a esa Iglesia corintia, cuyas dificultades nos evocan la nuestra: porque cuando el don de Dios en Cristo, capacitante para la vida, resulta irrelevante para trasformarla, pone de manifiesto una previa opción nuestra, así fuere latente, por la muerte: como los padres del desierto, que comieron todos el maná del camino, y no pocos murieron por cuanto su vida no fue del agrado de Dios⁵⁰; como los corintios

47. Cfr., Hechos 2, 42- 47.

48. Cfr., Hechos 2, 44- 45; 4, 32- 35.

49. Cfr., Deut. 30, 15-20.

50. Cfr., I Cor. 10, 1-13.

«fuertes» que minimizaban el participar a la vez de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios, provocando así los celos del Señor; los corintios, cuyo corazón insensato, evidenciado en divisiones y egoísmos, hubo de confrontar el apóstol con la urgencia de examinarse responsablemente para no resultar culpables «del cuerpo y la sangre del Señor». ⁵¹

En términos de la situación colombiana, me atrevo a pensar que la disyuntiva que nos plantea cada eucaristía es por una *vida* en proceso de humanización creciente, en articulación comunitaria y social, sana y abierta para todos en el disfrute fluyente y satisfactorio para todos de los bienes de esta tierra «que mana leche y miel», en el aprecio radical e innegociable para cada uno de la vida del otro, frente a una opción por la *muerte* del desamor, de la hostilidad mutua siempre latente y tantas veces explosivamente manifiesta; muerte infligida a los muchos por el abuso prepotente de los pocos, que se instala y expande en el cuerpo social bajo la máscara de una vida como sólo disfrute, sólo tenencia, sólo lo poder; que revela a la postre su instinto asesino en la gama interminable de los atropellos y bloqueos, de las negaciones y obstáculos que disminuyen a los otros, por acaparar cada uno para sí o para su grupo, lo que nos fue dado a todos para ser compartido con justicia y equidad. Muerte para los demás que, sin embargo, por acumulación progresiva, tarde o temprano acaba siendo muerte también, si no inmediata para los propios actores, ciertamente para las generaciones venideras, cuando no para el mismo cuerpo social desintegrado.

¿No cabe entonces pensar que sobre nosotros bien puede estar pesando esa constatación dolorosa de Pablo «por eso tantos de ustedes están enfermos y débiles, y también algunos han muerto»? ⁵² Y no se trata tan sólo de los que arrastrarán de por vida sus cuerpos mutilados por la rabia asesina, ni de los que horrorizan nuestros campos y ciudades con sus despojos, ultrajados en el atropello abierto o en la emboscada. La mutilación o la muerte corporal de tantos es también un signo y un testimonio contra todos -no sólo contra sus directos asesinos- por cuanto reputándonos cuerpo vivo en Cristo, de hecho estamos enfermos, si ya no hemos muerto algunos. En la medida en que no vivimos según el Espíritu que «lleva a la vida y a la paz» ⁵³, que en cada uno clama ¡Padre! al único Dios, y en cada uno abraza a todo hombre como hermano.

51. I Cor, 11, 27b.

52. I Cor. 11, 30.

53. Cfr., Rom. 8, 5-8.

Y con todo, ésta tampoco es la última palabra de Cristo-eucaristía. «Yo reprendo y corrijo a todos los que amo. Por tanto sé fervoroso y vuélvete a Dios. Mira, estoy a la puerta y llamo, si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré y cenaremos juntos.»⁵⁴ ¿No resuena hoy así la voz de Cristo para nosotros? Y no sólo eso, porque al quedar sacramentado en pan y copa de nuestra mesa común, va todavía más allá, como si nos dijera. «si quieres ser como yo, come y bebe. Y una fuente de agua viva, para tí y para los demás, saltará bullidora y vivificante de tu propio corazón».⁵⁵

Tal es la relación que buscábamos entre eucaristía y comunión, como cuerpo eclesial en solidaridad ciudadana. ¿No es un *kairos* de Dios este III Congreso Eucarístico Nacional para renovar la plena vigencia de su fuerza trasformadora entre nosotros?

RENOVAR NUESTRA EUCARISTÍA COMO SACRAMENTO DE COMUNIÓN ECLESIAL Y DE SOLIDARIDAD CIUDADANA

En la complejidad de nuestra situación eclesial y ciudadana, la insuficiencia trasformadora de nuestra eucaristía, por lamentable que sea, es de muchas maneras relativa. Ante todo, por cuanto no cabe hablar de ella sino en relación con quienes la practican con asiduidad suficiente. Y aun entonces será preciso evaluar sus creencias, motivaciones y actitudes en coherencia o no con los cánones de la Escritura y de la tradición.

Y me atrevo a relativizar todavía más esa ineficacia en relación con los frutos deseados, convencido como estoy de que los valores de amor y solidaridad eucarísticos, las actitudes y acciones que de ellos dimanar, los símbolos y gestos que los expresan⁵⁶, siguen más presentes y activos en nuestra población creyente de lo que permite inferir cierta reducción tremendista de nuestros medios informativos a los actos y eventos perversos de nuestro acontecer diario. Si la Colombia de hoy fuera tan sólo la que se proyecta en los noticieros de cada noche y en las primeras páginas de cada mañana, ya habríamos sucumbido todos en el terremoto social. Más aún, no pocas veces, en esos mismos medios, y con ocasión de tamañas perversiones, nos llega el testimonio espontáneo de un corazón cristia-

54. Apoc. 3, 19-20.

55. Jn. 4, 14 y 7, 38-39.

56. Aplicamos a nuestra religiosidad eucarística la conocida descripción de Puebla (No. 444).

no, y por consiguiente eucarístico, en posiciones de perdón, de reconciliación, de rechazo del conflicto violento; en actitudes y decisiones de generosidad y de solicitud por los demás. ¿No ha sido recientemente Cali pionera en esta línea, a partir del trágico insuceso de La María? Y esa ola nacional creciente de manifestaciones públicas de un deseo de paz por los caminos del diálogo y de la reconciliación, ese rechazo deliberado de los caminos de la violencia ¿deberá atribuirse sólo al temor o al cansancio de los colombianos, o apunta allí también el espíritu social de tantas eucaristías celebradas, cuando menos con buena voluntad? Quizás un fruto sano del dolor inmenso que vivimos va siendo el emerger, en publicidad ciudadana, valores cristianos que permanecían latentes en la cotidianidad de nuestra vida eclesial y social.

Con todo, esto tampoco nos exonera de la responsabilidad de plantearnos seriamente la pregunta, y de intentar una respuesta así sea tentativa. No sin advertir una vez más que, dada la complejidad de los asuntos humanos, tanto más la dimensión social y cultural, no cabe esperar de la sola eucaristía el remedio que necesitamos, como tampoco resultaría sensato contar con su efectividad rápida y masiva. Los caminos de cambio social, desde sus raíces culturales y aun en mayor profundidad personales, suelen ser largos y sinuosos. Pero por lo mismo urge también precisar y promover en forma suficiente la contribución específica de la eucaristía en el campo que nos ocupa.

Sacramento de la vida cristiana como totalidad, la eucaristía bien puede emerger en todos los contextos personales, familiares y aun cívicos de aquélla. Pero su punto de incidencia eficaz no varía: cada eucaristía nos aboca en directo y de por sí a una *decisión existencial* sobre nosotros mismos, sobre nuestra situación en el mundo en torno y nuestra contribución personal a su progreso o decadencia. Y es para el logro de esa decisión nuestra de construirnos a nosotros mismos, y construir nuestro medio eclesial y social, donde la gracia eucarística ejerce su vigor sanante y capacitante. No nos engañemos entonces: el proceso simbolizante de la liturgia eucarística, por expresivo que sea, puede resultar reducido a instrumento (¿hasta qué punto adecuado?) para otros intentos que, por honestos que sean, tienden a marginar u oscurecer su foco de incidencia congénito. Como también puede evaluarse engañosamente por su calidad lograda de espectáculo y su capacidad de atracción, embotando así el mordiente de su interpelación existencial. Puede en fin, contentarse con multiplicar las expresiones y motivaciones de solidaridad y convivencia, necesarias pero radicalmente insuficientes de por sí; como si los cinco panes y los dos pescados de la muchedumbre

galilea pudieran haber bastado para la saciedad de los cinco mil y los doce canastos remanentes, sin la gracia de Dios fluyente por las manos de Cristo.

Sin la presunción de reseñar explicaciones exhaustivas, menos aun de afirmar posiciones definitivas, a continuación anotamos algunas hipótesis personales.

¿Oscurcimiento o inadvertencia a la dimensión comunitaria de la eucaristía?

Es sin duda un valor central y auténtico de nuestra religiosidad eucarística la creencia firme en la presencia del todo peculiar del Señor mismo en ella, y en consecuencia, la dimensión de *encuentro personal* con Él en el ámbito de la celebración y aun fuera de ella. Las designaciones populares del pan eucarístico como el «Santísimo» y «Nuestro Amo», son felices expresiones de esta fe. Pero si nos resulta evidente que la eucaristía es el sacramento de Cristo en persona ¿lo es igualmente, en el sentir común, que no es menos el sacramento del *cuerpo de Cristo* que somos nosotros como su Iglesia? En el disfrute inconsulto de esa íntima relación interpersonal de cada uno con su Señor, bien puede oscurecérsenos que la intención terminal y prevalente de cada eucaristía es el proceso continuo de sanación y promoción de ese cuerpo eclesial del Señor, que sigue manando en sangre y agua del costado herido del Crucificado, en cada una de sus actualizaciones eucarísticas.

¿Oscurcimiento o inadvertencia a la dimensión de conversión, constitutiva de la eucaristía?

Es también auténtica la confianza popular en el valor excepcional de la eucaristía como mediación de *súplica* y *agradecimiento*. Quizás con ello está ligado el empeño por establecerla en el umbral de nuestras iniciativas o como colofón de nuestros logros familiares y ciudadanos. Nos resulta eclesial y aun socialmente connatural que la misa signe y autentique los momentos cruciales de la vida personal, familiar y ciudadana. Pero cabe preguntarse si esta comprensión y valoración de la eucaristía, tan enfáticamente suplicante y agradecida, pueda estar oscureciendo y aun marginando su dimensión más propia y definitiva de interpelación existencial, de oportunidad ofrecida para el crecimiento personal y comunitario hacia la madurez en Cristo. Porque si la escucha activa e interiorizadora de la Palabra logra dar un rostro comportamental bien definido a nuestra confesión de fe, si la memoria actualizante del sacrificio de Cristo posibilita y sostiene el sacrifi-

cio propio, como entrega de sí por los caminos de la cruz, si la apropiación personal de Cristo-pan nos inserta vitalmente en la cepa del amor verdadero, ¿cómo no esperar que cada celebración auténtica de esa eucaristía pueda y deba ser un hito más, por pequeño que sea, en nuestro correr tras Él por si logramos alcanzarlo, habiendo sido ya alcanzados por Él?⁵⁷

Ahora bien, la *conversión* es condición insoslayable y compañera permanente de todo proceso de crecimiento espiritual. Si el comienzo existencial de la fe se define según Pablo como un abandonar los ídolos y un volverse al Dios vivo y verdadero para servirle⁵⁸, también para el apóstol el camino exodal ulterior de esa fe está marcado por el empeño recurrente de no contaminar la mesa del Señor con condescendencias a la mesa de los demonios.⁵⁹

No es del caso entrar aquí en la relación mutua y complementaria entre eucaristía y penitencia. Menos aún pretendemos oscurecer el valor de ésta o propiciar una sustitución suya, engañosa, por la sola eucaristía. Pero juzgamos imperativo subrayar que toda eucaristía por sí misma es una interpelación a la conversión personal en el ámbito de una comunidad eclesial abierta a dejarse sanar y reconciliar por el Señor. Que si el amor es la única superación decisiva del pecado -«mucho se le perdona porque amó mucho»-⁶⁰ la eucaristía, como proceso de crecimiento en el amor, es por lo mismo aniquilación progresiva de nuestro pecado; sobre todo, en ese nivel profundo de nuestra flaqueza humana, en su condición de «cuerpo de muerte»⁶¹ que amenaza siempre nuestra fidelidad personal y nuestro logro de una comunidad fraterna.

La liturgia penitencial, que abre nuestra celebración de la eucaristía, no es entonces un mero atrio exterior al sacramento, ni un lavatorio ritual de manos y pies, previo a nuestro banquete. En la polifonía celebrativa, es más bien el paso a los primeros planos de interés y compromiso, de uno de los temas centrales que la constituyen. Si nuestra libertad en Cristo para el amor y la solidaridad se construye día a día en esas pequeñas decisiones recurrentes que encarnan nuestra coherencia práxica con el espíritu del Señor, y si la gracia eucarística de Cristo es

57. Cfr., Filip. 3, 12.

58. Cfr., I Tes. 1, 9.

59. Cfr., I Cor. 10, 21.

60. Cfr., Luc. 7, 47.

61. Cfr., Rom. 7, 24.

algo más que una palabra de ánimo y consuelo, una perseverancia responsable y cordial en asumir la eucaristía como instancia de conversión ¿dejará intacto al paso de los días el corazón de piedra?

¿No ardía nuestro corazón en el camino?

Podemos pues contar con Cristo-eucaristía, compañero anónimo o reconocido en este camino de Colombia hoy, que todavía puede ser camino de Emaús. Sólo falta nuestro deseo y nuestra invitación a compartir la mesa: «Quédate con nosotros Señor, porque atardece. Y entró para quedarse con ellos, y sentados a la mesa partió el pan y se les abrieron los ojos y lo reconocieron.»⁶² Él puede y quiere así redimir nuestros ojos de su ceguera para descubrir caminos de paz y sanar el amor que nos abre aun a los contrarios para un abrazo de hermanos. Pero esa sola oferta suya tampoco basta, porque para los ojos cerrados y el corazón endurecido, Jesús-eucaristía seguirá siendo el soñador fracasado de una esperanza fallida.⁶³ Y así revierte sobre nosotros la responsabilidad de abrir la puerta al Señor que llama y nos ofrece presidir y transformar la mesa de esta patria, tan empobrecida y desvencijada.

No desconocemos ni minusvaloramos todo empeño por hacer de nuestra eucaristía, a nivel litúrgico, expresión y urgencia de paz en la justicia. Enfatizamos sí aquéllo sin lo cual esa misma eucaristía, aun la más contundente y acosadora en sus expresiones rituales, bien puede correr el riesgo de quedarse en «metal que resuena o platillo que hace ruido».⁶⁴ ¿Qué podría entonces faltarnos? «¿No ardía nuestro corazón en el camino cuando nos explicaba las Escrituras?»⁶⁵ Esto equivale a constatar que sólo por los caminos del corazón se abren los ojos de la existencia humana y se reconoce a Dios, y en Él al hermano.

En términos de experiencia humana común, ese corazón enardecido es nuestra misma conciencia cuando se siente tocada, arropada y movilizada por el afecto sin fronteras que llamamos *amor de Dios*. En consecuencia, una celebración eucarística, que en manera alguna afecta nuestros sentimientos profundos, difícilmente -por decir lo menos- abrirá nuestra personalidad valorativa y decisoria,

62. Cfr., Luc. 24, 29- 31.

63. Cfr., Luc. 24, 19 – 21.

64. Cfr., I Cor. 13, 1b.

65. Luc. 24, 32.

conferirá impulso y sostendrá cualquier convicción teórica de instaurar comunión y solidaridad. Sin el amor, no ya como efervescencia meramente sensorial, sino como aprecio y solicitud, los mejores textos proclamatorios, la más cuidadosa escenificación celebrativa, la palabra denunciadora más incisiva, no rozarán siquiera las aguas quietas de nuestra indolencia, o a lo más, las agitarán brevemente en el ámbito estrecho de la celebración, pero para apagarse en seguida sin ruido ni eficacia en los orillos del templo, allí donde se reabren cada día los caminos de la convivencia social, con sus tareas y sus conflictos.

No sin razón podemos distanciarnos de posibles montajes de contaminación afectiva, que diluyen la fuerza existencial del Evangelio en meras explosiones emocionales. Pero no es menos cierto que una celebración eucarística afectivamente congelada, sólo por un milagro de la gracia -que tampoco nos ha sido prometido- puede aspirar a afectar y reactivar el dinamismo de una libertad responsable y perseverante. La efectividad de la experiencia de Dios, de su amor derramado en nosotros, no se mide entonces por la dulzura emotiva del encuentro o por el encanto del espectáculo, por la contundencia de las ideas y ni siquiera por el clima logrado de convivencia momentánea. Porque en definitiva, cuando se trata de conversión personal, de entrega de sí, aun quizás a costa de sí mismo, hacia una comunión costosa y una ardua solidaridad, sólo el corazón dispone de la elocuencia persuasiva suficiente, el corazón que habla al corazón. ¿Son nuestras eucaristías ese espacio experiencial donde el corazón de Dios en Cristo habla a nuestro propio corazón? En la medida en que lo sean hoy para muchos, cabe anunciar, con el profeta Isaías, a esta patria querida: levántate Colombia envuelta en resplandor, porque ha llegado tu luz⁶⁶, y la paz amanece sobre tí.

«SI CONOCIERAN EL DON DE DIOS...»

Como a la samaritana del pozo de Jacob, tan sorprendida con la oferta de Jesús, como extrañada cuando menos sobre la pertinencia de su ayuda en los problemas inmediatos de la vida diaria, el Señor interpela de nuevo a Colombia, en este III Congreso Nacional Eucarístico, con su oferta reiterada de vida: «Si conocieras el don de Dios (...) tú misma me pedirías de beber.»⁶⁷ Esta Colombia nuestra está volcada hoy sobre el pozo profundo de su infortunio social, y a la vez tan descon-

66. Cfr., Is. 60, 1.

67. Cfr., Jn. 4, 10.

certada respecto de los medios para alcanzar las aguas limpias y vivificantes de la paz.

Y esa voz del Señor nos señala hoy esta fuente eucarística, que puede todavía saltar en cada uno como torrente de agua viva, capaz de hacernos, en comunidad de sentimientos, de convicción, de actitudes y de obras, agentes protagónicos en la tarea ingente e inaplazable de restaurar y consolidar una paz ciudadana, sin la cual nuestra Iglesia, de mirar como suyos en alguna medida a los actores de los bandos en conflicto, tampoco hallará la paz de Dios.

Dejemos a los no creyentes el empeño, no por generoso menos insuficiente, de procurar remedio a nuestros males sociales por la sola superación revolucionaria o reformadora. Con ello tampoco demeritamos todos esos esfuerzos laboriosos por desenredar la maraña de nuestras desviaciones sociales, económicas y políticas; por el contrario, brazo a brazo con ellos, también nosotros queremos roturar una vía social, económica y política por donde podamos caminar todos juntos hacia esa Colombia que anhelamos:

Casa grande, para todos.

*¡Como nos la dió Dios mismo!*⁶⁸

Pero si somos coherentes con la visión de los asuntos humanos que nos ha develado la obediencia de la fe, «sabemos y creemos que Jesús es el santo»⁶⁹, la inmediatez humana de Dios en nuestros afanes y en nuestros anhelos. Sabemos y creemos que sin su gracia sanante y capacitante, tampoco cabe esperar una salida definitiva de nuestro laberinto. Sabemos y creemos que en nuestras comunidades eclesiales, pequeñas o grandes, notorias en publicidad nacional o ignoradas por los que se autocalifican gestores de nuestra historia, siempre que celebran su eucaristía en integridad responsable y amante, está Jesús mismo en medio de ellas.⁷⁰ Y que del costado de su mesa eucarística, en pan de vida y vino de alianza, Él nos entrega a raudales esa gracia de ir construyendo día a día nuestra comunión y nuestra paz, comunitaria eclesial en primer término, y por expansión autenticante, no menos social y ciudadana.

68. ROUX, RODOLFO E., «Casa Grande», en *Vida que pasa - III Atardecer*, Santafé de Bogotá, 1995, p. 54.

69. Cfr., Jn. 6, 68.

70. Cfr., CONCILIO VATICANO II, Const. *Lumen gentium*, No. 26.

Sabemos y creemos, en fin, que cada eucaristía auténtica abre así en nuestra historia concreta una parcela de tierra fértil para la semilla de la paz de Dios en esta patria querida. Y esperamos que por caminos todavía ocultos para nosotros, esa semilla fructificará también un día en el corazón de quienes hoy la ignoran o rechazan. ¿No es éste el sentido y la confianza de nuestra súplica eucarística por la paz?